

## 1. DECENAS DE MILES DE LIBROS

Unos aman los caballos, otros los pájaros  
y otros las fieras; yo, desde niño, estoy poseído  
por un terrible deseo de poseer libros.

JULIANO<sup>1</sup>

Hará unos quince años, la editorial parisina para la que en ese entonces trabajaba publicó un libro del gran escritor y crítico italiano Giuseppe Pontiggia. Me pidieron que me «encargara» de él, muy probablemente porque, de los que chapurreábamos el italiano, sólo yo estaba libre esa noche. Nos vimos para cenar en un restaurante –ruso– cerca del cruce entre los bulevares de Montparnasse y Raspail. Nos caímos bien, y que tanto él como su mujer Lucia hablaran un francés mucho menos artesanal que mi italiano contribuyó definitivamente a ello. Tras algunos minutos de charla nos percatamos de que teníamos un punto en común que iba a transformar el interés de la velada: ambos poseíamos una biblioteca monstruo-

1. Juliano, Carta IX, a *Ecdicio, prefecto de Egipto*, 107 (377d-378a), en *Contra los galileos; Cartas y fragmentos; Testimonios; Leyes*, introducciones, traducción y notas de J. García Blanco y P. Jiménez Gazapo, Madrid, Gredos, 1982. (*N. del T.*)

sa de varias decenas de miles de obras. Y no una de esas bibliotecas de bibliófilo con libros tan valiosos que el propietario no los abre nunca por temor a estropearlos, sino una biblioteca de trabajo cuyos ejemplares no dudábamos en anotar, en leer en la bañera y en la que conservábamos todo lo que habíamos leído –incluidos libros de bolsillo y múltiples ediciones de una misma obra– o todo lo que teníamos la intención de leer más adelante. Una biblioteca no especializada, o mejor dicho especializada en tantos campos que acabó siendo generalista. Disertamos durante toda la comida sobre la felicidad y la maldición de nuestra suerte: los libros son caros cuando se compran, no valen nada cuando se revenden, alcanzan precios astronómicos cuando hay que encontrarlos una vez que se han agotado, son pesados, se empolvan, son víctimas de la humedad y de los ratones, son, a partir de cierto número, prácticamente imposibles de trasladar, necesitan ser ordenados de una manera específica para poder ser utilizados y, sobre todo, devoran el espacio. (He llegado a tener un baño con paredes tapiadas de estanterías, lo que imposibilitaba el uso de la ducha y obligaba a bañarse con la ventana abierta para evitar la condensación; y también anaqueles en la cocina, con lo que ciertos alimentos de olor particularmente penetrante estaban prohibidos. Como muchos de mis cofrades, ¡no tuve sino hasta tarde una situación inmobiliaria que me permitiera satisfacer mis ambiciones bibliófagas!) Sólo la pared de mi dormitorio en la que se encuentra la cabecera de la cama ha quedado siempre libre debido a un viejo trauma: me

enteré, hace muchos años, de las circunstancias en las que murió el compositor Charles-Valentin Alkan, apodado el «Berlioz del piano»; lo encontraron muerto el 30 de marzo de 1888, aplastado por su biblioteca. Cada hermandad tiene su santo mártir y el mayor de los Alkan, pianista virtuoso admirado por Liszt y que heredó los alumnos de Chopin a su muerte, es sin duda el de los locos por las bibliotecas. Como de las leyendas griegas, existen varias versiones de su trágico final; hay quien dice que fue un pesado paragüero lo que le cayó encima, pero ante la duda... Así pues, poseo en mi discoteca, a modo de homenaje a esta víctima tutelar de nuestra dulce e inofensiva manía, un vinilo RCA clásico con su Gran Sonata *Las Cuatro Edades*, grabada al piano en enero de 1979 por Pierre Réach.

Ese día, Pontiggia y yo conocimos por fin a otro miembro de nuestra clandestina y, dadas las condiciones que se han de reunir, forzosamente restringida hermandad. Así pues, pudimos abordar graves cuestiones que no inquietan al común de los mortales. ¿Por qué, por ejemplo, es tan frecuente que un libro agotado, que se encarga el día mismo en que se recibe el catálogo de un vendedor de segunda mano, resulte finalmente ya no estar disponible? ¿La biblioteca debe ordenarse alfabéticamente, por géneros, por idioma, cronológicamente o, por qué no, como Warburg, siguiendo una invisible red de afinidades desconocida para todos salvo para el interesado? Dicen que Gilbert Lely, poeta y especialista en Sade, tenía cien volúmenes en su casa, ni uno más, y que cuando añá-

día uno, retiraba otro. Georges Perec cita el caso de un amigo suyo que había llegado, mediante un cálculo tan oulipiano como incomprensible, al número ideal de 361, pero que no había logrado decidir cómo debían ser consideradas las obras en varios volúmenes o los libros –de la colección de la Pléiade, por ejemplo– formados por varias obras.

Estábamos felices, Pontiggia y yo, comparando las reacciones de nuestros invitados ocasionales ante esa visión tan sorprendente para ellos. Tras los «¡oh!» y «¡ah!» las mismas preguntas, invariablemente: «¿Cuántos tiene?» «¿Los ha leído todos?» «¿Cómo hace para saber dónde está cada uno?», etc. A nosotros, cuando entramos en casa de alguien, lo que nos sorprende es que no haya libros, o el raquitismo de la biblioteca de un supuesto cofrade, o que los volúmenes, a menudo protegidos por cristales, estén perfectamente ordenados y obedezcan, a todas luces, a un deseo de aparato.

Al final de la velada, ayudados por el vodka, nos pusimos a imaginar una asociación de propietarios de bibliotecas de más de 20.000 volúmenes –precisamente el número de volúmenes que formaban la biblioteca del profesor Ermanno Finzi-Contini en la novela de Giorgio Bassani– que se encargaría de defender los intereses de nuestra poco conocida minoría. La asociación nunca vio la luz, pero después de esa velada perduró un entendimiento amistoso entre nosotros que nunca, hasta la prematura partida de Guiseppe («Peppo») Pontiggia en junio de 2003, se desvaneció.